

Małgorzata Nalewajko

La imagen de la España franquista en los reportajes polacos

Itinerarios. Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos nr 18, 159-180

2013

Artykuł został opracowany do udostępnienia w internecie przez Muzeum Historii Polski w ramach prac podejmowanych na rzecz zapewnienia otwartego, powszechnego i trwałego dostępu do polskiego dorobku naukowego i kulturalnego. Artykuł jest umieszczony w kolekcji cyfrowej bazhum.muzhp.pl, gromadzącej zawartość polskich czasopism humanistycznych i społecznych.

Tekst jest udostępniony do wykorzystania w ramach dozwolonego użytku.

LA IMAGEN DE LA ESPAÑA FRANQUISTA EN LOS REPORTAJES POLACOS

Resumen: El artículo presenta testimonios de los viajeros de la República Popular de Polonia a la España franquista y su importancia para la formación de la imagen polaca de este país, particular en la situación de escasos contactos directos entre polacos y españoles, lo que se debía a la distancia geográfica que separaba ambos países, el conflicto ideológico que los dividió después de la guerra, y también a la falta de relaciones históricas. En general, los reportajes analizados confirman la imagen tradicional y estereotípica de España y sus habitantes. A la vez, aparecen como críticos respecto al franquismo, volviéndose, paradójicamente, más duras las críticas en la década de los 70 que en la anterior. A pesar de sus limitaciones, los textos publicados en aquel entonces contribuyeron a mantener España en el imaginario polaco hasta que los viajes en masa hicieron posible su verificación.

Palabras clave: turismo, viaje, franquismo, pobreza, atraso, catolicismo, estereotipo

Title: The Image of Francoist Spain in the Polish Travelers' Accounts

Abstract: The article discusses the accounts of travelers from the Polish People's Republic to Francoist Spain and the influence of such texts on forming the Polish image of Spain, especially important in the situation when direct contacts between Poles and Spaniards were scarce owing to the geographical distance, the lack of historical relations and the post-war ideological conflict that divided both countries. In general, the analysed reports confirm the traditional, stereotyped image of Spain and its inhabitants. They are also critical in relation to Francoism, paradoxically much more in the decade of seventies than in the previous one. In spite of their limitations, those publications contributed to maintaining the presence of Spain in Polish consciousness – until the time when massive travels made their verification possible.

Key words: tourism, travel, Francoism, poverty, backwardness, Catholicism, stereotype

Los representantes de las élites polacas: escritores, artistas, estudiosos, filósofos que visitaron España en el siglo XIX y a comienzos del XX dejaron muchos testimonios, en gran parte publicados. Durante la Guerra Civil los sustituyeron periodistas, y la cantidad de corresponsales presentes en España en aquel entonces y de sus relatos que se publicaban demuestran el interés de la sociedad polaca por los sucesos en el país lejano¹.

¹ Véase la extensa antología de los testimonios editada por Piotr Sawicki (1996). El mismo autor en varios artículos se refiere también a los reportajes de la Guerra Civil y, de manera más completa, los presenta en Sawicki, 2013.

Luego, el telón de acero separó herméticamente la España franquista y la República Popular de Polonia. El conflicto ideológico impidió el desarrollo de contactos entre ambos países, y no fue antes del año 1969 cuando en Varsovia y en Madrid se abrieron las representaciones consulares y comerciales, y las relaciones diplomáticas complejas se restablecieron en 1977. Sin embargo, el intercambio comercial, aunque de volumen reducido, empezó ya a finales de los años 40, creciendo rápidamente en la década de los 60². Fue un poco más tardío el desarrollo de los contactos culturales que se inició a finales de los 60 con la participación de varios grupos musicales y teatrales de ambos países en los festivales internacionales y, sobre todo, con la presencia cada vez más marcada del cine polaco en España. Durante esas décadas, también eran poco frecuentes los viajes de polacos a España –y aún menos en sentido contrario– de los que se han publicado contados testimonios³. De Polonia viajaban sobre todo periodistas y escritores, y sólo a base de sus relatos un polaco corriente, para quien ir a España resultaba prácticamente imposible, podía formar su imagen del país. En el texto presente se pretenden analizar todos estos relatos publicados en Polonia en los años 60 y 70.

El primer autor polaco que dejó sus memorias de su viaje a España realizado en 1957, poco después del Octubre Polaco de 1956, que inició el deshielo, fue Jan Gitlin, corresponsal de prensa. El libro empieza con la imagen de la Gran Vía madrileña, animada, con tráfico, vitrinas elegantes, gente bien vestida y sonriente que “parece feliz” (Gitlin 1960: 11-12); lo que sorprende al autor por contrastar con “la pobreza española proverbial”. Enseguida lo explica por la preocupación de los españoles, personas muy orgullosas, por las apariencias. Por otro lado, reconoce la situación en la que viven la mayoría de los españoles, forzados a compensar el bajo nivel de los salarios trabajando en muchos puestos, lo que contradice, a su vez, la opinión común sobre la “pereza española”. En el curso de su viaje pronto encuentra ejemplos de aquella pobreza, hasta miseria, en los barrios pobres de Barcelona o Salamanca y en los campos de La Mancha. Le impresiona mucho lo pobre y estéril del paisaje de Castilla:

Castilla parece un país afectado por las siete plagas. [...] Nada crece en este desierto de piedras, nada florece en esta tumba abierta, quemada desde hace miles de años por el sol, donde desde hace siglos no se notan señales de vida. Las tierras de Castilla respiran tristeza y desesperación. Se ve su reflejo en los ojos y las caras de sus habitantes. (Gitlin 1960: 406)

No obstante, las causas de estas condiciones de vida modestas y en otros casos hasta míseras, junto con un bajo nivel general de higiene y educación, sin que sea excepcional el analfabetismo, resultan no sólo de las dificultades creadas por la naturaleza, sino además agravadas por la política del gobierno de entonces. El autor del reporta-

² La exportación polaca a España creció de 2 millones de dólares en 1960 a 18 millones de dólares en 1969, y la importación polaca de 1,8 a 11 millones de dólares, respectivamente, logrando en 1975 el valor de 119 millones y 70 millones de dólares, respectivamente (Eiroa 2001: 126, Dobrzyński 1977: 69).

³ Sobre la imagen española de Polonia, *cf.* Nalewajko 2012; sobre la influencia del turismo en la percepción mutua, *cf.* Napiontkówna 2008.

je dedica muchas páginas a la historia de la Falange identificada por él con el fascismo, la actitud de la sociedad que se pronunció a favor de la izquierda en las elecciones de 1936 y luego defendiendo la República, la explotación de los obreros que se rebelaron organizando las grandes huelgas en 1951 y 1956, la represión franquista de las organizaciones democráticas. A la vez, basándose en las conversaciones con los políticos de varias orientaciones (comunistas, católicos, conservadores, falangistas) y con la gente corriente de la calle, indica cierta evolución del sistema, ya que desde mediados de los 50 se nota una liberalización, sobre todo el cambio de la política económica. Franco inició la industrialización pretendiendo modernizar el país y basándose en las inversiones del Estado, aparece en este contexto incluso la noción de capitalismo de Estado. Ya se notan los efectos de esta política, Gitlin define España como un país de burros y coches, apuntando que cada vez más los últimos, de buena calidad y producidos en el país, sustituyen a los primeros. Por otro lado, se reanima la vida política secreta, surgen en la clandestinidad los partidos políticos y otras organizaciones, y los españoles parecen cansados de la pasividad, más propensos a actuar, aunque temen las represiones y hasta otra guerra civil. A esta movilización, aún tímida, y a las reivindicaciones sindicales y nacionalistas, las acompaña el proceso de diversificación ideológica dentro de varios grupos sociales, pues no sólo es cada vez más marcada la división de la burguesía en conservadores y progresistas, sino incluso dentro de la Iglesia, tradicionalmente conservadora y vinculada al poder, se oyen voces de algunos curas que se distancian del franquismo.

Gitlin presta mucha atención a la Iglesia, no sólo por el apoyo que ésta brinda al régimen, sino también por la posición que tiene en la tradición española. Le impresiona la cantidad de curas, iglesias y Vírgenes (con sus respectivos títulos y cargos), pero la religiosidad española le parece superficial, centrada en las formas externas del culto. De todas formas, es un elemento omnipresente en la vida social en España:

Tocan, pues, las campanas de las iglesias y catedrales, se apresuran a las casas de Dios las españolas jóvenes y viejas, con sus devocionarios, vestidas de negro, cubiertas de velos sus cabezas. Reza Córdoba. Reza Sevilla y Granada, Valencia y Madrid, Bilbao y Oviedo. Rezan las aldeas y las ciudades. Reza España. (Gitlin 1960: 225)

El autor no sólo habla sobre la situación de entonces, el libro en gran parte está dedicado a presentar los lugares de interés turístico, y las descripciones de las atracciones de las ciudades más visitadas, por las que pasó él también, se completan con referencias a su historia. No falta información sobre el flamenco y sus raíces africanas, la corrida y su historia, el Cid y la presencia de los moros en la Península, Don Quijote y el exceso que se manifiesta en el orgullo, honor e individualismo de los españoles, a las que se suman recuerdos de algunas escenas callejeras observadas, alusiones a los tipos populares como el sereno o el limpiabotas, integrando todos estos elementos una imagen de la España tradicional. Igualmente estereotipizada, aunque no exenta de simpatía, es la característica de los españoles, “amantes de guitarra y de baile”. Aparecen como hospitalarios y generosos (“la grandeza española”), emocionales, dominada la lógica y el racionamiento por su temperamento. Gitlin los describe como individualistas, aunque la palabra

más apropiada parece ser “contadictorios”: “No he sido capaz de constatar qué es lo que prevalece en los españoles: dogmatismo o anarquismo. La disposición a la exageración increíble se combina en su caso con la locuacidad, el pesimismo pugna con el optimismo, y la lógica con el misticismo” (Gitlin 1960: 157). Según su opinión, prueba también su individualismo el ruido que hacen sin preocuparse de los demás, su costumbre de no ceder en la discusión ni recibir órdenes.

Citando una opinión española sobre los obispos, reyes y generales que convirtieron España en una ermita mendaz, y reconociendo la importancia de los gobiernos y del factor geográfico (los Pirineos que separan), el autor observa, sin embargo, que los españoles que se quejan del atraso de su país no ven su propia disposición a aislarse, a encerrarse, ni su fe en sus propios valores y superioridad espiritual (Gitlin 1960: 77). Señala también el orgullo nacional exagerado que, en confrontación con los de afuera, une a los españoles por encima de las divisiones políticas: “Exaltándose con su presunto heroísmo nacional, escogen sólo los elementos que alimentan su memoria de sufrimientos, lo que constituye una variante de la ideología de la grandeza y de la misión de su nación que confiesan” (Gitlin 1960: 74). Por otro lado, resulta ser una unión frágil, pues, como comprueban muchas guerras civiles en su historia, las pasiones políticas y religiosas de los españoles demuestran su falta de tolerancia y hasta fanatismo.

El autor se pregunta por la relación que hay entre el fanatismo y la magnanimidad de los españoles. De todas formas, aprecia su desprendimiento y hospitalidad, o, como dice en español “esplendidez e hidalguía”, combinadas con gentileza, que hacen a los españoles atentos respecto a un extraño y dispuestos a ayudar.

Presta menos atención al carácter español la autora de otro reportaje, publicado en 1961, atribuyéndoles, sin embargo, el rasgo de locuaces, amantes de lo bello, envidiosos (en este aspecto cita a sus interlocutores españoles y a Unamuno) y patriotas – enraizados sobre todo en su patria chica, su pueblo, su ciudad–. No es la primera visita de Zofia Szleyen en España: estuvo allí durante la Guerra Civil trabajando como periodista de la prensa de los interbrigadistas polacos⁴, confiesa, sin embargo, que su conocimiento de España viene sobre todo de la literatura, ya que después de la Guerra se dedicó a traducir las obras españolas e hispanoamericanas al polaco. De ahí que el motivo principal de su visita fuera la participación en un curso para hispanistas organizado en Burgos. Efectivamente, sus impresiones de esta ciudad y de las visitadas luego, que componen un itinerario turístico típico, están incrustadas con reminiscencias y citas de bellas letras españolas, así como con reflexiones personales, y el encuentro con el escenario conocido de los libros, la verificación de los motivos literarios producen emociones vivas de la autora. También el paisaje –y le impresiona en especial el de Castilla– está descrito de manera muy plástica, expresiva.

Sin embargo, aún más emocionantes resultan para ella los reencuentros con los lugares por los que había pasado más de 20 años antes, también con algunas personas, participantes de aquellos sucesos, localizadas a través de la red de amistades. En estos relatos se nota un tono muy personal, las auténticas emociones de la autora. De manera igualmente directa, sincera y compasiva habla con la gente desconocida, en muchos

⁴ Describió sus memorias en el libro *Wiatraki i Messerschmitty* [*Molinos de viento y Messerschmittes*] (1963).

casos pobre, que encuentra por el camino. Con curiosidad por la España actual, entabla conversación fácilmente con mucha gente, algunos humildes, pero también intelectuales, apuntando al margen las muestras de simpatía hacia Polonia –a pesar de que este país resulta tan exótico para los españoles que hasta se olvidan de su existencia (Szleyen 1961: 18)–. Sin embargo, el desconocimiento no impide la actitud benévola: “Los de derecha, muy leales y católicos, respetaban Polonia por ser católica. Los de izquierda sentían la simpatía por Polonia por razones obvias. Así, por todas partes me llegaban declaraciones halagüeñas que satisfacían mis sentimientos patrióticos (Szleyen 1961: 20).

Szleyen no formula en su reportaje críticas abiertas al franquismo, pero sí describe la miseria visible en el campo (que se debe, sin embargo, también a la naturaleza áspera; describiendo lo seco, rígido de Castilla la Vieja, menciona “la sed de agua, el hambre de tierra seculares”) y las condiciones modestas de vida en las urbes españolas, agravadas por los altos precios de los alimentos y las viviendas. Una de las pruebas de lo difícil de ganarse los medios de subsistencia es la cantidad de emigrantes económicos que vienen de Francia o EE.UU. de visita corta a su país⁵. La autora alude también a las represiones políticas que han experimentado los republicanos ex combatientes. Por otro lado, presta atención al papel de la Iglesia. La ciudad de Burgos le parece tan devota como la de Salamanca a Gitlin, pero mientras éste destaca el poder de los curas, Szleyen subraya la costumbre, la tradición católica. A la vez, considera muy específicas, hasta paganas, las formas españolas del culto por el trato directo e irrespetuoso de los santos y el comportamiento informal durante las ceremonias. La religiosidad española aparece también como llena de contrastes: “Santidad, misericordia, crueldad y frialdad absoluta, de esto se nutren las tradiciones religiosas españolas” (Szleyen 1961: 174). A la hora de partir de España resume sus impresiones: “¿Cómo me ha parecido la España de hoy? Aún sufrida de las heridas antiguas, pero más bien resignada y callada, deseosa de la paz sobre todo. Bella como hace siglos, y como hace siglos sedienta de agua, felicidad, sonrisa de la vida” (Szleyen 1961: 244).

En su libro publicado en 1963, basado en observaciones del viaje y también en vastas lecturas, Juliusz Stroynowski, diplomático y escritor polaco (quien en 1967 emigró del país), encierra sus descripciones de España y de Marruecos considerando que estos países situados entre Europa y África comparten ciertos rasgos. Hasta la tierra del interior de España le parece desértico-africana. El paisaje de Castilla, esa llanura de rocas y arena quemada por el sol, de pocas aldeas y aún menos caminos, lo describe como monótono y desesperado, pero a la vez fascinante por lo extenso, lo infinito de su horizonte. Contrasta con este panorama la variedad del paisaje catalán, la melancolía del gallego, la humedad del vasco, la fecundidad del andaluz, pero es lo severo y hierático de Castilla, “la tierra de hidalgos y místicos, de extremos, de fanatismo e intolerancia” (Stroynowski 1963: 103), la que ha formado a los españoles: “El español es un hombre riguroso, lleno de dignidad. Aunque se apasiona fácilmente, no le gusta reveler sus sentimientos. Es un individualista, y hasta rodeado por la multitud destaca su particularidad” (Stroynowski

⁵ Mientras éstos sí han mejorado su nivel de vida, los extremeños, andaluces o gallegos, mencionados por Gitlin, que viven en barrios pobres de Barcelona, tienen menos suerte.

1963: 28)⁶. Esta opinión del autor la confirma uno de sus interlocutores españoles que le habla sobre el amor por la libertad de sus compatriotas, su individualismo y “la terrible intolerancia típicamente española” (Stroynowski 1963: 129).

Stroynowski entremete libremente sus impresiones turísticas, descripciones vivas, plásticas de los monumentos y los paisajes, información sobre los lugares que visita, anécdotas y leyendas locales, así como sus opiniones sobre el franquismo. Formulando estas últimas se basa en sus observaciones y también en las conversaciones con varios españoles, políticos e intelectuales (mientras que casi no aparecen comentarios sobre la gente corriente), anti y profranquistas. Él mismo define el franquismo como un fascismo que no ha muerto violentamente como el alemán o el italiano, sino que sigue, aunque descomponiéndose poco a poco, conservadas las instituciones y los instrumentos “típicamente fascistas”⁷. Culpa al franquismo del aislamiento, la autarquía económica y espiritual y la represión continua, asimismo, del atraso económico de España, ya que no es capaz de fomentar la industria ni modernizar la agricultura. Aunque busca las raíces del atraso de España en la Edad Media, y por otro lado, señala la herencia del siglo XIX, cuando España tomó un camino de desarrollo histórico distinto al de las potencias europeas, en sus descripciones conmovedoras de los barrios pobres de Barcelona, Madrid (que en estas ciudades contrastan con la prosperidad y modernidad de sus calles centrales), Bilbao, poblados sobre todo por los inmigrantes de las regiones más pobres, o de las aldeas andaluzas, atribuye la responsabilidad de esta situación al gobierno actual. Además de estos casos extremos de miseria desesperada, el nivel de salarios, tanto de obreros como de empleados, es tan bajo que están forzados a trabajar en varios puestos y profesiones a la vez o buscar en Francia, Suiza, Austria o Alemania un trabajo que les permita mantener a la familia.

En cuanto a la situación política, el autor señala algunos cambios declarados, como la europeización, la democratización, o introducidos, como la sustitución de la Falange por el Opus Dei (dedicando varias páginas a presentar ambas organizaciones) o la reorganización reciente del gabinete, pero los considera cosméticos, cuyo único objetivo es mantenerse en el poder. Igualmente, la Iglesia, que en España siempre había representado una fuerza política y que ahora constituye el soporte principal del caudillo (es distinta la actitud de una parte del clero bajo), empieza a distanciarse del régimen anunciando su “orientación social” con el propósito de atraer a los fieles, pero sin que estuviera dispuesta a perder sus privilegios. Mientras que por parte del poder se nota una liberalización sólo simulada, parece que la sociedad se moviliza contra éste. Y no sólo se trata de las huelgas obreras, también los representantes de las clases medias y los intelectuales, cansados del marasmo cultural, cada vez más abiertamente manifiestan su actitud opositora (el autor presenta a propósito la institución de la tertulia y su tradición de debates políticos). Llama la atención la movilización de los jóvenes (y entre ellos de las mujeres que no sólo entran con ánimo en las universidades y en los bares, sino que también marcan

⁶ Como tal resulta distinto del italiano que es alegre, sencillo, directo.

⁷ Cita, sin embargo, también la opinión de un estudioso joven, partidario de la izquierda, según el que, Franco nunca fue un fascista convencido, y ahora encabeza la dictadura de los círculos financieros, grandes propietarios y alta burguesía que aprovechan el ejército y el clero como sus instrumentos.

su presencia en la vida pública): católicos, socialistas y comunistas, sobre todo estudiantes y muchos de ellos de familias acomodadas, que empiezan a rebelarse contra el régimen (Stroynowski 1963: 124-125). Aunque sometida a la represión, la nueva generación no tiene miedo porque no recuerda la Guerra Civil cuya memoria paraliza a sus padres.

En el relato del viaje a España que hizo en 1961 (publicado cuatro años más tarde) la escritora polaca, Maria Kuncewiczowa, no encontramos, en cambio, referencias a la situación de entonces. La autora describe los lugares que ha visitado centrándose en el paisaje, las escenas y situaciones que ha visto y que le sirven como punto de partida para hacer reflexiones sobre la historia, la literatura, la pintura del país, y sólo esporádicamente alude a la Guerra Civil. En sus impresiones, España aparece como un país extraño, indefinible.

En España todo aparece distinto de lo que uno cree. [...] Más que cualquier otro lugar, España tiene fondo doble y resonancia ambigua. Todo lo que está aquí a la vista de un extranjero, echa una sombra, se vuelve una metáfora, y el sentido de cosas y sucesos se desvanece como una fragancia. [...] La gente aquí tiene otra forma de preguntar, gritar, reír. [...] Para conocer España hay que vivir aquí mucho tiempo y solicitarla; escucharla furtivamente y observarla cuando ella no mira. (Kuncewiczowa 1990: 57)

Lo diferente, específico de España resulta de su “inclinación hacia Arabia, Judea y el Medievo católico”, ilustrada por la autora con las imágenes de la Granada gitana y árabe, el Toledo judío, el flamenco que expresa dolor, ira y sufrimiento, las innumerable iglesias y los fieles arrodillados que “rezan en alta voz, hablando con los santos con sencilla familiaridad” (Kuncewiczowa 1990: 9, 132-133). Como símbolo de lo tradicional aparecen burros, típicos de la agricultura anacrónica, y mantillas que simbolizan la anacrónica, o quizás exótica, vestimenta y costumbre. Al cruzar los Pirineos viene a ser más comprensible para la autora la figura de Don Quijote, y es

no sólo por las personas, su aspecto, su seriedad mitológica, afición por la esplendor, pasión por morir con decoro, su vida arcáica, sino por la naturaleza. El paisaje español, sea de la sierra o del mar, templado o severo, no parece un fondo adecuado para la así llamada vida normal. Es un escenario para superhombres. (Kuncewiczowa 1990: 126)

Menos “literario” y muy perspicaz resulta el reportaje de Konrad Eberhardt, crítico de cine, publicado en 1968. Aparecen en este libro acentos críticos respecto al gobierno franquista, pero no se trata de las acusaciones propagandísticas del “fascismo”, sino más bien una guía del autor en un intento por comprender España, tanto su tradición como actualidad. Las impresiones turísticas están dominadas por los análisis de varias obras de pintores y cineastas españoles, y, en vez de presentar la situación política actual (aunque no faltan descripciones de la ideología de la Falange o de la posición de la Iglesia), el autor se enfoca en el clima, las aspiraciones e inquietudes de los españoles contemporáneos. Aprovecha como fuente tanto las lecturas de autores españoles

y extranjeros a las que se refiere a menudo en su libro, como también las conversaciones con los españoles, conocidos de antes o encontrados por el camino; y es de subrayar que tiene la suerte (si es que cita sus opiniones originales) de encontrar interlocutores interesantes: representantes del mundo artístico, un viejo falangista que critica a Franco, un maestro de escuela en Granada o un cura progresista. A primera vista, la descripción de lo específico de España, presentada por el autor parece estar basada en tópicos, pues encontramos referencias al irracionalismo, la costumbre de soñar despiertos, el culto de la muerte, la necesidad de grandes ideales y mitos: “La historia de España enseña el acatamiento de los mitos de los que ya no parece posible desenredarse. Y si se llega a tal desatadura, ocurre de manera convulsiva, pasando por un mar de sangre” (Eberhardt 1968: 32).

En las conversaciones con y entre los españoles se revela cierta tensión, impaciencia por salir del aislamiento. El franquismo les molesta, sobre todo, por ser desmoronado, por sostener y reanimar la España anacrónica, tal como se formó ya antes. Como dice uno de los interlocutores de Eberhardt: “Basta ya de esta sombría mitología española; no queremos ser más una nación excepcional, predestinada a grandes tareas, un país de cruzadas continuas y de misión histórica, un país de Don Quijotes errantes y de virtudes patriarcales. Queremos ser un país como los demás” (Eberhardt 1968: 92)⁸. Con esta opinión de un intelectual madrileño se corresponde la de un maestro de Granada: “Basta con ajustar cuentas patrias derramando sangre, y con pasiones reprimidas. Basta con la España-reserva, la España-mamarracho de Europa” (Eberhardt 1968: 248), aunque quisieran llegar aquí peregrinos aficionados de Lorca, en busca de las huellas de sus protagonistas.

Eberhardt, forastero llegado de la Polonia Popular y a la vez intelectual que admira la cultura francesa, parece entender bien esta necesidad española de cambiar las cosas, la aversión a aislarse, quedarse al margen de las corrientes intelectuales contemporáneas, sumirse en la tradición y los mitos, destacar la particularidad, excepcionalidad del país. Apunta también que para un polaco resulta más fácil entenderse con españoles que con franceses: “Nos unen las ruinas, testimonios del pasado, resentimientos; tanto ellos como nosotros seguimos con un examen de conciencia. Nosotros hemos tenido nuestros especialistas en rascar las heridas «para que no se cicatricen con epitelio de vileza», ellos tienen su generación de 1898” (Eberhardt 1968: 78).

Es distinto el ambiente que crea en su reportaje del viaje realizado en 1964 Roman Dobrzyński. Tampoco faltan en su libro referencias a los contactos hispano-polacos a los que dedica todo un capítulo. Constata lo poco que saben los españoles de los polacos (salvo algunas asociaciones vagas con Polonia como un país de intelectuales): “El conocimiento mutuo de nuestros países echa un balance a favor nuestro, es decir nosotros

⁸ Otro participante de la conversación pone al descubierto su incomodidad debida a la conciencia del atraso de España y también echa la culpa a la Europa de detrás de los Pirineos, a los políticos por permitir que continúe el gobierno franquista y a la gente corriente que se entusiasma con lo “exótico”: “Ser español hoy en día quiere decir dejar burlarse. ¿Os parece que esta banda de millones de gente que cada verano viene en tropel a España busca otra cosa? Se sacian de nuestro atraso, de nuestro primitivismo, de nuestras ruinas. Para ellos podríamos ser aún más pobres y salvajes. Ni siquiera existimos, existe sólo un *couleur local*” (Eberhardt 1968: 108).

sabemos mucho más de España que los españoles de Polonia” (Dobrzyński 1967: 165), nota, sin embargo, mucho interés por Polonia que desemboca en múltiples preguntas que le hacen personas que encuentra en su viaje (entre las que se repiten, como en caso de Zofia Szleyen, las referentes a la libertad de culto religioso en Polonia), así como la simpatía por nuestro país, a la que corresponde la simpatía e interés polaco por España. El autor, por su parte, llama la atención a los paralelos hispano-polacos visibles tanto en la historia de ambos países como también en sus caracteres nacionales (debidos, según su opinión, al hecho de que fue la nobleza la que influyó de manera decisiva en la cultura, tanto polaca como española, a diferencia de las culturas del Occidente burgués).

En general, en el reportaje en cuestión se observan varias lecturas del autor, incluidas las de los relatos presentados antes en este texto, aunque en primer lugar se basa en sus experiencias del viaje, realizado por una persona joven, bastante informal, directa en el trato, que cuenta también sus pequeñas aventuras. En su narración pretende desmentir los estereotipos sobre España, insistiendo en que no existe nada “típico español”, en cambio sí hay diferencias y contrastes palpables en cuanto al paisaje, al clima, a las costumbres, a la mentalidad, al nivel de desarrollo, hasta al contraste permanente entre la riqueza y la pobreza, la alegría y la apatía. Sin embargo, a menudo, él mismo cae en estereotipos, describiendo, por ejemplo, el individualismo español, el ideal de honor y el orgullo nacional. Evocando Sagunto y Numancia constata que “en aquellos acontecimientos encuentra su antecedente histórico el ideal español de honor y heroísmo, que en el curso de los siglos tomó forma de la disposición continua de la nación a sacrificarse y de la manifestación de desprecio a la muerte” (Dobrzyński 1967: 126), confirmadas en los sucesos de la Guerra de Independencia y la Guerra Civil. Otra manifestación de aquel “culto de acción y desprecio a la muerte” es la corrida, el espectáculo nacional enraizado en la mentalidad nacional. Además de la abnegación, la grandeza y el sentido del honor, otro rasgo que une a los españoles, sean aragoneses, castellanos, catalanes o andaluces –aunque el autor destaca también las diferencias entre ellos⁹– es su amabilidad, calor humano, actitud amistosa y la disposición de ayudar al otro¹⁰.

A la corrida el autor le dedica todo un capítulo, igualmente los capítulos respectivos a Cataluña y Andalucía. Los lugares visitados, así como las conversaciones con la gente, le sirven como un pretexto para incluir la información sobre la historia del país, las tradiciones y costumbres locales, los monumentos de interés, ofreciendo un texto de carácter “impresionista” más que un discurso sistemático. El lector tiene la misma sensación al leer otros capítulos dedicados a los temas escogidos, como el turismo. Dobrzyński apunta la influencia de su desarrollo, iniciado en 1959, al crecimiento económico, y también al cambio gradual de costumbres en España, señalando a la vez los elementos que limitan su expansión a “los corredores turísticos” (falta de carreteras y la infraestructura

⁹ Sin ocultar su simpatía especial hacia los aragoneses. A los catalanes y andaluces los considera igualmente simpáticos y hospitalarios. “La diferencia está en el hecho de que mientras los primeros acogen con todo su corazón por el dinero que han ahorrado, los segundos hacen lo mismo por el que han pedido prestado” (Dobrzyński 1967: 38).

¹⁰ Aunque, como señala el autor, contribuye a aumentar la simpatía de los españoles el conocimiento de su idioma, tanto más que en su mayoría no conocen otros, y en su propio “hablan con la velocidad de centenas de palabras por minuto” (Dobrzyński 1967: 6, 190).

en general) y los que constituyen factores de atracción (sol, bajos –para turistas y no para autóctonos– precios de buena comida y vino¹¹, información bien organizada y propaganda turística).

El autor se centra en otro capítulo en la religiosidad española y el papel de la Iglesia. Constatando que “el señor cura” controla todos los momentos más importantes de la vida de los fieles desde el nacimiento hasta la muerte, considera a la vez la religiosidad popular española un culto exterior de carácter folclórico, teñido de fetichismo. Su calidad de experiencia más emocional-estética que religiosa la prueban las formas de las ceremonias religiosas y la devoción a muchas Vírgenes de varias categorías, tratadas a su vez con una familiaridad que parece excesiva. También la religión, en gran parte, determina la posición de la mujer, tratada en España como objeto, y no sujeto. Aunque su papel en la familia es importante, fuera de ésta le cuesta avanzar, hacer una carrera profesional¹². A la vez, Dobrzyński señala ciertos cambios en el funcionamiento de la Iglesia en España, y no sólo se trata de un anticlericalismo cada vez más marcado entre los obreros, sino también de las fisuras dentro de la Iglesia institucional que pierde su carácter monolítico, temiendo algunos de sus representantes su identificación con el régimen¹³.

Tratando en un capítulo aparte el tema de la agricultura española, el autor apunta su atraso, métodos primitivos de cultivo, bajo rendimiento (fuera de las zonas de cultivo intenso tipo huertas), una contribución limitada al producto nacional, así como fuertes contrastes sociales en el campo. La causa principal de esta situación es la estructura de propiedad, y la única solución –que permitiría también la industrialización acelerada– consiste en una reforma agraria que queda por hacer. Merece dos capítulos enteros otro tema actual de España, a saber, el franquismo. Encontramos en ellos la presentación del curso de la guerra y de las protestas sociales de la postguerra, las grandes huelgas de 1951, 1962, 1965, organizadas a pesar de los temores de que vuelva a estallar la guerra. Tachando el franquismo de ser un sistema totalitario y fascista, aunque *sui generis* (Dobrzyński 1967: 150-151), el autor menciona su liberalización y el papel creciente de los economistas, cuya actividad permitió hablar sobre el milagro económico español. Sin embargo, lo que más llama su atención es la eficaz propaganda del franquismo que busca su legitimización recurriendo a la grande y heroica Historia de España. Dentro de esta “política histórica” franquista

¹¹ En especial el vino barato atrae a los turistas nórdicos que a menudo se pasan de la raya tomándolo, lo que sienta mal a los españoles, pues “se trata aquí a los borrachos con gran desprecio” (Dobrzyński 1967: 14, 103).

¹² Son muy parecidas las reflexiones de Jan Gitlin sobre la mujer española, encerrada en la familia tradicional. Dentro del hogar goza de la posición fuerte de madre o abuela, mientras que fuera, aunque cada vez más frecuentemente estudia y trabaja –pero no en las “profesiones para el hombre”– controla su conducta y guarda las costumbres tradicionales, recordando que su objetivo principal es casarse (Gitlin 1960: 104-112).

¹³ Como afirma un amigo español del autor: “Entre nuestras Iglesias, la española y la polaca, no hay diferencias salvo las circunstancias en que actúan. La misma culpa de ambas es el hecho de que son organizaciones de carácter más político que religioso. La situación de nuestra Iglesia, a pesar de las apariencias, es peor que la de la vuestra, se ha desmoralizado por atenerse al poder desde hace siglos, y de aquí su atraso, petrificación, disposición de influir sirviéndose sólo de medios tan primitivos como la presión y la intolerancia” (Dobrzyński 1967: 100-101).

España se coaguló en la historia, y las ideas coaguladas se meten aquí en las cabezas. Los manuales revientan del exceso de leyendas, pinturas de caballeros en sus armaduras, castillos, Reyes Católicos que admiten la humildad de Boabdil, etc. Es increíble cuánto se habla sobre historia en este país. Es una historia interesante, novelesca y embellecida: los españoles siempre tenían razón y siempre ganaban, y si perdían, fue por culpa ajena. [...] Embriagar la sociedad con la historia cumple fines concretos, entre otros, les distrae de analizar la realidad actual y alimenta la convencionalidad de honor que determina el modo de vivir de los españoles. (Dobrzyński 1967: 127-128)

Tiene otro carácter el libro del mismo autor publicado diez años más tarde, aunque resume también sus observaciones anteriores. Dobrzyński, periodista con más experiencia profesional y después de haber realizado varios viajes a España, escribe en un tono menos personal y anecdótico, más formal y proporcionando la información de manera más sistemática. El libro tiene forma de guía turística: después de presentar las condiciones geográficas, la historia, la economía y la cultura, dedica un capítulo a cada región de España describiendo sus ciudades, monumentos y su papel en la historia, sin que falten referencias a la economía (muchos datos estadísticos incluidos) y a la situación político-social actual. El hilo conductor, como en su obra anterior, sigue siendo la imagen de la diversidad de España, el país de contrastes:

A las diferencias extremas de la geografía las acompañan los contrastes económicos y sociales, desde los latifundios medievales hasta las centrales atómicas, desde las cuevas, viviendas de los jornaleros sin tierra, hasta palacios privados. España – el país de gran diversidad cultural, lingüística, nacional, aglutinada en los organismos estatales formados históricamente de manera distinta– nunca ha logrado la integración nacional y cultural completa. (Dobrzyński 1977: 5)

Iberyjskie wędrówki (Caminatas ibéricas) de Jan Zakrzewski, reportaje publicado en 1973, también tiene la estructura de una guía, dedicados los capítulos a las ciudades principales de España (aunque algunos presentan temas como el suelo, los habitantes, el franquismo), pero además de describir los monumentos históricos y costumbres locales, el autor, como Dobrzyński, se refiere a menudo a la Guerra Civil, al franquismo –apoyado por el capital financiero, la gran propiedad y la Iglesia– y también a la pobreza, atraso, analfabetismo, explotación de la mano de obra, protestas sociales. Sin embargo, mientras Dobrzyński divisa el desarrollo económico de España, los cambios en curso, Zakrzewski se fija en la imagen de la tierra estéril y reseca, la miseria desesperada, un atraso que raya en lo arcaico, cuyo símbolo viene a ser, otra vez, la figura del burro evocada frecuentemente en las páginas del libro. Ambos autores destacan lo particular de Andalucía, que se debe a su herencia árabe, pero mientras el primero la sitúa en el contexto de la heterogeneidad geográfica, social y cultural de todo el país, el segundo considera todo el país como “distinto”, precisamente arcaico: “Durante siglos los Pirineos han constituido no sólo la frontera del país, sino la frontera entre los mundos, entre las épocas. Cruzar los Pirineos quería decir regresar al pasado remoto” (Zakrzewski 1973: 20). Resulta también muy tradicional, por no decir estereotípica, la imagen de los habitantes de este país.

¡El español es español cuando no puede ser otra cosa! Quiere decir, cuando revienta comprometiéndose en la causa que considera sagrada, cuando es extremo en sus ideas, cuando habla más y más rápido de lo que piensa, cuando se porta de modo indisciplinado, cuando ama infinitamente a su familia, cuando es espontáneo, incontenible, emocional, demasiado franco, violento, encantador, cuando rechaza todas las jerarquías. [...] Todas las virtudes que hicieron a los españoles personas nobles en sus intentos y los más vivaces como sociedad, constituyen a la vez la causa de los siglos de estancamiento, desgracias y nulidad política. (Zakrzewski 1973: 14)¹⁴

El reportaje de Mirosław Ikonowicz, periodista y corresponsal de la Agencia de Prensa Polaca en España desde 1970, por ser más matizado al describir la España de la época, se parece a los libros de Dobrzyński. Ikonowicz registra la estructura agraria feudal, desproporciones entre las regiones, el papel de la oligarquía financiera, la dependencia del capital extranjero, las protestas sociales, el bajo nivel del sistema de educación, recuerda la historia del –como lo llama– fascismo español, pero a la vez escribe sobre la transformación dinámica de la economía y el “milagro económico” español que se traducen en la mejora del nivel de vida. Para lograrlo, no obstante, los obreros trabajan horas extra y entre la clase media es común el pluriempleo, resulta notoria también la emigración del campo a la ciudad y la emigración económica al extranjero. Tal es el precio que pagan los españoles por satisfacer sus aspiraciones materiales.

Por otro lado, se nota “cierta liberalización en las relaciones internas”, incluidos los cambios recientes en la composición del gobierno y en la dirección de la política, así como las divisiones cada vez más marcadas dentro de la Iglesia española, hasta el apoyo que presta una parte de los sacerdotes a las reivindicaciones obreras. Aparece así la imagen de un “país donde tras la fachada oficial pulsa la vida política intensa. [...] con sus sindicatos ilegales e ilegales partidos políticos *in spe*, con todo su pluralismo contrapuesto al ideal monolítico del franquismo” (Ikonowicz 1971: 157).

En un torrente de datos, cifras y porcentajes con los que el autor inunda al lector, añadiendo también muchísimas citaciones de sus entrevistas con personajes de la vida política, se pierde la imagen de los habitantes del país, sólo nos enteramos de que los encuentros con ellos “casi siempre eran muy cordiales y directos”, que “los españoles se divierten con alegría, beben con dignidad y fácilmente entran en contacto” y que revelan un “temperamento extremista” (Ikonowicz 1971: 16-17, 106).

En la década de los 70, es singular el relato turístico del viaje a España de Ela y Andrzej Banach, ya que falta en él, por completo, información sobre la situación política actual. Visitando las ciudades más importantes de España, los autores centran su atención en el arte, monumentos e historia. Resulta también “histórico” su modo de percepción de los habitantes del país (aunque confirmaban tal imagen algunas observaciones hechas de los españoles contemporáneos en cuyo comportamiento sigue manifestándose, por ejemplo, el contraste entre la anarquía y el orden):

¹⁴ Otros rasgos típicos del español son su carácter violento, heredado del islam, y a la vez su hospitalidad de siempre y cierta atención o protección con que trata al extranjero ayudándole de buena gana (Zakrzewski 1973: 302, 305).

El comportamiento de este pueblo, libre, orgulloso, con un sentido del honor innato y exagerado resulta de la educación rigurosa a cargo del Estado y de la Iglesia. [...] Los españoles siempre han representado una ética de circunstancias, que funcionaba bien en los casos regulados por la presión de la ley y la costumbre. Son extremadamente anarquistas en situaciones atípicas, nuevas, excepcionales. Esta nación devota, religiosa, sometida a la jerarquía inseparable del honor, mostró una crueldad increíble cuando se trataba de odios religiosos y en cada guerra civil. (Banach 1974: 25-26)

Un capítulo aparte está dedicado a las comparaciones entre españoles e italianos, y aunque los autores observan una serie de similitudes, parecen estar de acuerdo con los testimonios literarios en los que se opone la cordialidad exuberante de los últimos a lo lúgubre, cerrado, intransigente y cruel representado por los primeros, “como si no los uniera el fundamento de la fe católica común” (Banach 1974: 313-314)¹⁵.

También en 1974 se publica el libro (reeditado en 1979) de la periodista Wilhelmina Skulska en el que la autora se pregunta por el futuro de España, apuntando lo difícil que es adivinar qué cambios conllevarán en los próximos años las transformaciones actuales al país que después de la Guerra Civil llegó a ser “catalizador de las fuerzas internacionales del fascismo”. A pesar de su título, *Madryckie ABC (El ABC de Madrid)*, que sugiere el carácter de una guía turística de la capital, el libro trata de todo el país, y se dedica a las impresiones turísticas como también a las opiniones sobre los habitantes del país. La autora señala algunas de sus características, tales como “un orgullo exagerado, un excepcional sentido de la dignidad propia, ambición”, aversión a la crítica por parte de los extranjeros, coexistente con la amabilidad, cordialidad que se les muestra, despreocupación por el tiempo y la puntualidad, profunda (aunque “transaccional”) religiosidad combinada con un comportamiento informal en la iglesia, una alegría de la vida que no debe confundirse con la pereza (Skulska 1979: 161, 106-107, 92, 131, 378)¹⁶, pero centra su atención en los problemas de la España de la época. Describe la agricultura atrasada (aunque “ya faltan burritos en el paisaje de Castilla de hoy”), el desarrollo lento de la industria que no es capaz de absorber a desempleados, el funcionamiento de la asistencia médica, del sistema de educación, de la prensa, las aspiraciones de los vascos y la actividad de la ETA. Presenta también, a base de entrevistas con sus representantes, las instituciones españolas como las Cortes, el Opus Dei, la Iglesia. La última llama su interés en particular. Apuntando los cambios que experimenta, entre otros, la radicalización de una parte de curas que pasan a la oposición respecto al sistema, subraya a la vez su posición excepcional, fortalecida esta tradición por el franquismo:

¹⁵ También otro rasgo –y éste basado en las experiencias personales de los autores– resulta sólo aparentemente común, a saber, el ruido que hacen los españoles se lleva la palma (Banach 1974: 320).

¹⁶ Sobre la amabilidad de los españoles, su hospitalidad, pero también su afán de hablar y de hacer ruido escribe también Konrad Eberhardt quien, además, presenta en su reportaje el autorretrato español. Según su interlocutor, la España auténtica quiere decir bullicio alegre, cantar, sonar de la guitarra. “Lo podrías oír en los momentos más duros, hasta al mirar la muerte cara a cara. Es un modo de ser o, mejor dicho, un modo de vivir. Valor, alegría, cortesía, humanitarismo de los españoles, todo esto también es verdad. Los extranjeros nos dicen a menudo: nos gusta visitar vuestro país, y es porque estamos aquí entre la gente que nos ve a cada uno no como a un turista sino como a un ser humano” (Eberhardt 1968: 58-59).

La Iglesia en este país representa la tradición de cinco siglos de ósmosis total con los centros del poder político, económico o incluso policial (la Inquisición). Hubo períodos cuando hasta regía estos centros; y otros, cuando era su instrumento leal. España es el único país en el mundo donde la doctrina del nacional-catolicismo fue oficialmente confesada y practicada por la jerarquía política y eclesiástica. (Skulska 1979: 146)

En el libro aparecen también referencias a los polacos residentes en España y a las huellas españolas en la obra de los escritores polacos.

Es fruto de un recorrido turístico por España el librito *Urbi et "Orbis"* de Jerzy Putrament, quien sólo al final añade algunas páginas de sus reflexiones sobre la situación de entonces en España. El escritor polaco hizo su excursión con la agencia de viajes "Orbis", pero al leer su relato no queda del todo claro cuál fue el motivo de su viaje (sólo al concluir confiesa su afición por la música y la pintura española¹⁷), ya que describe lo que ha visto de manera distanciada, negligente, en tono de un trotamundos hartado. Lo único que parece haberle impresionado en su itinerario es la Sagrada Familia en Barcelona¹⁸, la Mezquita, la Alhambra y el Generalife, Toledo, y también lo seco, pedregoso y rojizo del paisaje del interior de España. Se anima también al pasar por los lugares que asocia con la Guerra Civil. Además, con la misma indulgencia y espíritu de superioridad que muestra al referirse a los lugares visitados comenta el comportamiento de sus compañeros de viaje o de los turistas extranjeros que se ha encontrado por el camino, en el último caso tomando hasta una actitud xenófoba.

A modo de conclusión, reconoce que no sabe mucho de España, intenta, sin embargo, resumir sus impresiones saliendo más allá de censurar la cantidad de zapaterías y bancos. Primero, apunta a las señales del crecimiento económico, tan distinto del estancamiento –como lo define– durante largos años del gobierno de Franco. En lo político, no define éste como fascista ni teme la victoria del "búnquer" contra la línea representada por el rey Juan Carlos, expone, en cambio, sus dudas respecto al capitalismo que parece prometedor para la clase media española (cuyos representantes van a ganar las elecciones), pero a la larga dejará ver las limitaciones de la economía de mercado. Aludiendo a las cargas históricas de la Iglesia en España, menciona la nueva conciencia, surgida de la experiencia del franquismo, de lo peligrosas que son para esta institución las relaciones demasiado estrechas con el poder. El otro motivo de sus reflexiones son los españoles. "Este extraño, y aún más, admirable pueblo, como pocos en el mundo está falto del complejo de inferioridad" (Putrament 1977: 85). Este rasgo esencial de lo español no es idéntico al orgullo proverbial y hasta la soberbia española, que considera un producto histórico de las clases gobernantes. Como organizadores del turismo los españoles resultan discretos, muestran lo mejor que tienen, pero sin vanagloriarse. "No caen en exage-

¹⁷ Sus pintores predilectos son Velázquez y Goya, a quienes considera vates que reconocían y presentían el destino de su nación. Es muy parecida la opinión sobre la obra de estos dos pintores que presenta en su reportaje Juliusz Stroynowski.

¹⁸ Más sorprendido que maravillado con la Sagrada Familia, Putrament considera a Gaudí un extravagante, como Dalí y Miró, todos formados en el ambiente excepcional de Barcelona.

ración, saben que la hospitalidad y la amabilidad son muy importantes. Saben a la vez que no menos importante es la moderación [...] Y la herencia de los grandes o de hidalgos al menos les sirve de freno eficaz” (Putrament 1977: 86). Sorprendentemente, dado el tono despreocupado de su narración, al regresar de su viaje el autor vuelve a pensar sobre España, este país de contrastes, considerándola próxima y deseándole que guarde su esencia, su particularidad.

El pequeño libro de Kazimiera Fekacz, publicado en 1976, hace, en cambio, caso omiso de las atracciones turísticas de España. No es un reportaje ni una guía¹⁹, sino más bien una recopilación de información sobre la España de la época presentada de manera muy crítica. En un lenguaje duro (utilizando reiteradamente, entre otros calificativos, el adjetivo “primitivo” respecto a la política de Franco), la autora describe los desastres del franquismo, totalmente identificado con el fascismo. Es más bien una publicación de propaganda que de información (aunque se alude en ella a la corrida, al flamenco, a la rica tradición cultural, a la literatura española con su obsesión por la muerte y la crueldad de la Guerra Civil) que merece ser referida por ofrecer al lector polaco una imagen general de la España de injusticias sociales y costumbres anacrónicas:

Un país de grandes arrebatos nacionales en la lucha por la libertad y, al mismo tiempo, de brutal represión a las aspiraciones de libertad. En ningún otro lugar se ha derramado tanta sangre fraterna en las guerras civiles. Aquí, grandes orgullosos acumularon riquezas, sin usarlas para el bien de la nación, grandes privados de grandeza, grandes perezosos, atrasados, conservadores. En este país un campesino no sabía qué significaba estar saciado y un trabajador cómo alimentar a los niños. Hasta hoy, en este país, antes de Semana Santa las calles de las ciudades son cortadas por procesiones en las que participan hombres encapuchados. En algunos lugares toman parte en la procesión flagelantes que caminan tras una fría imagen vestida de oro y piedras preciosas de la Virgen. Los años de la dictadura franquista todavía han aislado más a España del resto de Europa, convirtiéndola en más lejana, menos comprensible. (Fekacz 1976: 4-5)²⁰

Tienen un carácter igualmente propagandístico los textos de Wiesław Górnicki, escritos entre 1965 y 1975 e incluidos en la colección titulada *Sceny przydrożne* (*Escenas a orilla del camino*), que iban a formar parte de un libro dedicado a España, que, felizmente, no llegó a escribirse. El autor libra su batalla contra el fascismo colocando a la España franquista en el papel de su adversario o, mejor dicho, enemigo. Ni siquiera intenta

¹⁹ No nos referimos en este texto a las guías puramente turísticas que contienen sola y exclusivamente descripciones de los monumentos históricos y artísticos sin cualquier reflexión sobre la sociedad española, aunque cabe mencionar, por su accesibilidad al lector polaco, la guía de Janina Pałęcka y Oskar Sobański publicada en unas cuantas versiones: *Hiszpania: mały przewodnik turystyczny* [*España: guía turística breve*, 1974, 1978], *Przewodnik po Hiszpanii* [*Guía de España*, 1979], *Mały przewodnik po Hiszpanii* [*Breve guía de España*, 1982, 1985], *Hiszpania: przewodnik* [*España: una guía*, 1991]. Los autores publicaron también libros de cocina: *Tortilla u Sancho Pansy: kuchnia hiszpańska* [*Tortilla con Sancho Panza: la cocina española*, 1977, 1981, 1988] y *Potrawy z hiszpańskiej tawerny* [*Manjares de la taberna española*, 1996].

²⁰ Trad. Victoria Veiguela. Todas las demás citas con traducción propia de la autora.

comprender la realidad española, a pesar de cuatro viajes que hizo a este país, ya que llegó con las opiniones formadas (y sin conocer el idioma). En un lenguaje agresivo y hasta insultante²¹ pronuncia sus sentencias sobre la Guerra Civil, vista de manera maniquea como una contienda entre los buenos y los malos, y sobre el gobierno franquista que asocia únicamente con pelotones de fusilamiento, cementerio, miseria, estancamiento, ignorancia y ascenso de mediocres. Menciona cierta liberalización dentro de la Iglesia, también la actividad de la juventud católica progresista, pero exalta el papel negativo de esta institución en la historia de España:

En este país, el oro fácilmente se transformaba en reliquias, y éstas de nuevo en oro. No se puede comprender la historia del catolicismo español sin darse cuenta de esta transfiguración incesante. Sangre, oro, reliquias, fanatismo que raya en la locura y misticismo que raya en la paranoia: durante once siglos continuamente creaban una escenografía para todo, prácticamente, lo que sucedía aquí. (Górnicki 1979: 35)

Visita poco del país, pero le impresionan algunas obras de arte medievales por su perfección y autenticidad, lo que le hace, sin embargo, identificar la Inquisición y el franquismo insinuando cierta propensión de los españoles a la jerarquía, al orden, a la uniformidad de ideas. “¿Cómo ocurre, pues, que el medieval español, tan afín a todas las formas posteriores del totalitarismo, diera como frutos obras de arte tan grandes?” (Górnicki 1979: 48).

La conexión parecida entre el pasado lúgubre, cruel y la opresión franquista la encontramos también en las memorias de Bolesław Wysocki. El autor, internado en Miranda de Ebro durante la Segunda Guerra Mundial, escribió su testimonio en 1961, pero éste llegó a las manos del lector polaco no antes de 1979. Las críticas de Wysocki son más personales, auténticas, llama la atención, sin embargo, la proyección de su experiencia hacia el pasado, que se reduce para él a la barbaridad de los españoles medievales, la crueldad y destrucción de la conquista, pues “los fascistas españoles bajo el pretexto de defensa de la fe y la Iglesia hacían lo mismo” (Wysocki 1979: 53). El autor volvió a España en 1961, y en esta oportunidad se confirmó su opinión anterior sobre España: “La misma policía dominaba, omnipotente, las calles siendo espanto de los españoles. La misma Falange sofocaba toda idea progresista y gérmenes de la vida democrática” (Wysocki 1979: 122).

En el mismo año 1979 se publicó el libro sobre España del periodista Grzegorz Jaszuski. Aunque el autor menciona su viaje a este país, donde visitó Barcelona, varias ciudades de Andalucía, Toledo y El Escorial, sería difícil calificarlo como un reportaje, ya que casi no encontramos en él observaciones personales (salvo las que tratan sobre el contraste entre las calles elegantes de Barcelona y Madrid y la extrema pobreza en el campo, Jaszuski 1979: 82-83, 208) y resultan contadas las referencias a las conversaciones con representantes de la sociedad española. Una tercera parte del libro está dedicada a la presentación de la historia de España desde los tiempos de la dominación árabe; luego el autor, basándose sobre todo en la prensa española y extranjera, describe la Guerra Civil (mencionando la participación polaca en las Brigadas Internacionales)

²¹ En su fervor, por ejemplo, llega a atribuir a José Ortega y Gasset la “grosería de su señoría” como si su persona y obra no merecieran otro comentario (Górnicki 1979: 67).

y el período del gobierno franquista. Al último lo considera fascista en el sentido ampliado de la palabra: “Parece que se puede hablar sobre una variante española del fascismo. Fue una variante, pero a la vez fue fascismo” (Jaszuński 1979: 129-130). El autor ofrece al lector más bien una descripción, y bastante superficial además de subjetiva, que un análisis del franquismo, se nota también la fuerte influencia del lenguaje oficial polaco con sus tajantes calificaciones (p. ej. el fascismo español e internacional contra los patriotas españoles que podían contar sólo con ayuda mínima de la URSS). Cuando se refiere a los cambios en curso, después de la muerte del dictador, por no poder recurrir a las opiniones hechas, se aventura a formular sus propias, calificándolos como “la revolución española sin derrame de sangre” y mirando con optimismo (aunque consciente de los peligros) el futuro español.

La muerte del general Franco y el desmantelamiento del sistema atrajeron a España a más periodistas polacos. Sus relatos no son reportajes, sus autores se limitan a presentar la situación de la época a base de sus entrevistas con personajes de la vida política y cultural española. En el tomo *Hiszpania bez dyktatora (España sin el dictador)*, Roman Samsel y Włodzimierz Żrałek, dos corresponsales oficiales de la prensa polaca, coinciden en señalar algunos cambios que se produjeron todavía durante el gobierno franquista (el *boom* industrial de los 60 y el milagro económico, el crecimiento de la clase obrera y la clase media, la eliminación del analfabetismo, la división interna dentro de la Iglesia española) y en cuyo efecto “desde el punto de vista económico y social España cada vez más se parece a la realidad occidental” (Samsel, Żrałek 1978: 58), insistiendo a la vez que todo esto ocurrió no gracias, sino en contra del franquismo (que definen como “mutilación, vulgarización y crueldad”). “Y si en España tuvo lugar la transformación del sistema fascista en el burgués-democrático, es el efecto de la lucha solidaria de la alianza de fuerzas democráticas respaldada constantemente por la presión de las masas obreras” (Samsel, Żrałek 1978: 153). En el libro se cuentan los acontecimientos después de la muerte del dictador y se presentan los personajes y las instituciones que protagonizan los cambios. A la información le acompañan las opiniones tajantes de los autores, pero a la vez encuentra su reflejo el ambiente de tensión, inseguridad y también esperanza que vivía en aquel entonces España.

Es distinto el enfoque de otro periodista polaco, Kazimierz Dziewanowski, lo que en parte se debe al hecho de que su texto breve fuera escrito en 1974, pero (publicado en su colección de reportajes de varios países) no llegó a las manos del lector polaco antes de 1981. Su motivo de viajar a España era doble: además de su interés personal por el país debido a los recuerdos familiares (uno de sus antecesores había participado en la campaña de 1808), avivados por la contemplación de la obra de Goya, quería comprender qué era el franquismo que estaba llegando a su fin. Y siguiendo a su interlocutor español presenta argumentos en contra de su identificación con el fascismo, definiéndolo como una monarquía absoluta más bien, cuyo soberano, Franco, no tiene otra ideología que la fe en la tradición, el orden, una autoridad fuerte y el catolicismo, por más rara que sea la existencia en Europa occidental de “una auténtica monarquía absoluta, derechista y conservadora, que se apoya en los grandes terratenientes y el gran capital, es brutal y a veces cruel, pero va ampliando su base al incorporar también la clase media, sin recurrir, no obstante, a la pequeña burguesía, como lo hacían el fascismo y el hitlerismo” (Dziewanowski 1981: 19).

Dziewanowski pinta España, no como un país de contrastes, sino como un “reino de la paradoja”:

Pues, ¿cómo puede ser? El fascismo que se ha transformado en una monarquía absoluta, y la izquierda que reclama que se establezca la monarquía constitucional; la España atrasada que llega a ser el país del ritmo de crecimiento más acelerado en Europa; son los extranjeros los que vienen a ver la corrida, mientras que los españoles no quieren asistir; una tercera parte de los curas se pronuncia a favor del socialismo y en contra del régimen católico de Franco; los socialistas y comunistas están dispuestos a colaborar con los católicos, atacados éstos por los derechistas y conservadores; los carlistas [...], como dicen, se inclinan hacia la izquierda hasta tal grado que algunos asocian el nombre del grupo con Carlos Marx. (Dziewanowski 1981: 27-28)

Perspicaz en analizar la España actual, el autor cae en estereotipos cuando se refiere a la historia y al carácter nacional español que conoce, como confiesa, de la pintura, literatura y cine, y al que atribuye la “crueldad y grandeza, desesperación y pasión” (Dziewanowski 1981: 12).

También Monika Warneńska, periodista y autora de reportajes de varios países, al comienzo de su libro dedicado a España, escrito en 1980-1982, confiesa su interés personal y su fascinación por este país, debida en su caso a los relatos de la Guerra Civil que recuerda de su juventud. “Aquel país, cerrado ante nosotros por mucho tiempo, estaba presente, sin embargo, en la memoria y conciencia de mi generación y de la generación anterior. Surcado y destruido por la Guerra Civil, y después aislado del resto de Europa, sometido al fascismo franquista, subsistía a pesar de todo” (Warneńska 1985: 13). Efectivamente, a pesar de su título, *Zwierciadło z Toledo (El espejo de Toledo)*, que sugiere un viaje de turismo, la autora peregrina a los lugares de las batallas más importantes de la guerra, relacionados también con la participación de los interbrigadistas polacos. Las impresiones turísticas y las referencias a la historia, más bien escasas en el libro, son poco interesantes y poco personales, dan la sensación de haber sido copiadas de las guías y enciclopedias.

En su narración sobre la Guerra Civil Warneńska también se sirve de citas muy extensas de los reportajes de los corresponsales de guerra y de memorias y poemas de los “voluntarios de la libertad” (esta vez indicando las fuentes). Sin lugar a dudas, antes de viajar a España estudió la documentación referente en bibliotecas y archivos, y también se entrevistó con algunos participantes de aquellos sucesos: para escribir un libro sobre la Guerra Civil, y no sobre España. Tampoco analiza con detenimiento el período del gobierno franquista, limitándose a calificarlo de fascista y reaccionario y advirtiendo que –a pesar de que ya se publican libros y organizan exposiciones que muestran la otra visión de la historia reciente de España– “el fascismo en su versión franquista no dejó de existir en absoluto, aunque sí retrocedió al margen en la España contemporánea. ¡Ojalá «no pase» otra vez!” (Warneńska 1985: 315).

El franquismo no resucitó en España y completado con éxito el proceso de transición, el país se integró en las estructuras europeas. El cambio parecido transcurrido más tarde en Polonia permitió que se estrecharan contactos, no sólo entre los países sino también entre sus habitantes, los polacos y los españoles pueden viajar entre ambos desde hace un cuar-

to de siglo y formar su propia imagen basándose en su experiencia personal, sin recurrir a los relatos de los relativamente pocos viajeros con licencia para transitar y publicar. Aunque fueron pocos, al lector polaco le llegó una veintena de libros sobre España, pues vale la pena reconstruir lo que se creía (o se dejaba creer) sobre ella en aquel entonces. Resumiendo, España se presentaba a los polacos como un país pobre, atrasado, tradicional y católico.

Lo que llama la atención al analizar los testimonios de manera más sistemática es la diferencia entre la imagen de España divulgada en Polonia en la década de los 60 y la de los 70. Sorprendentemente –dados los procesos de liberalización en ambos países en los 70– los relatos polacos de la década precedente resultan mucho más críticos. Hay que tener presentes, sin embargo, los efectos del “deshielo” polaco de 1956 que, extenuándose con el tiempo hasta terminar definitivamente en 1968, se reflejaron en el campo de la cultura. No sólo se creaban entonces obras valiosas de literatura, cine, música y artes plásticas, sino que también empezaron los viajes al extranjero, que fueron casos contados de representantes de élites, y se manifestaba interés por lo que estaba fuera de las fronteras del bloque. Surgieron a la vez posibilidades de satisfacer en cierta medida esta curiosidad despertada, por ejemplo a través de la política editorial. En la década siguiente, disminuye el interés por la cultura y la así llamada “propaganda de éxitos” polaca se nutre, entre otros elementos, de las referencias al atraso económico y político de los países presentados como menos favorecidos. Así, el tono en que se escribe en la Polonia Popular sobre la España franquista refleja no sólo, y fielmente, la situación actual en la segunda, sino también la realidad y las aspiraciones de la primera.

Los autores que publican en los 60 no son sólo periodistas, sino también escritores, intelectuales que hablan más sobre historia, cultura, monumentos y paisaje²² de España, se nota también que saben más del país, en su mayoría hablan castellano, asimismo, intentan analizar la información recogida. Los reportajes son críticos respecto al franquismo, pero las opiniones resultan matizadas, poco ideologizadas, se señalan también, aunque sean aún tímidos, ciertos cambios en la economía y la política española, y no es tan obvia para los autores la identificación del franquismo con el fascismo. Se alude a las represiones, pero los autores se centran sobre todo en las descripciones de la pobreza, acusada sobre todo en el campo, pero también en los barrios pobres de las grandes urbes²³ –aunque admitiendo que ésta en gran parte se debe a la herencia de los tiempos anteriores–. Y no son descripciones exageradas o inventadas, vale la pena tener presente que hace medio siglo la falta de carreteras era tan notoria y la miseria en las zonas rurales de España²⁴ tan frecuente como las mujeres vestidas de negro en las calles de los pueblos o la asistencia masiva de los españoles a las procesiones religiosas.

En la década de los 70, los polacos viajan más al extranjero (y es de suponer que algunos también a España), debido a la concesión más fácil de pasaportes, pero se publican casi exclusivamente los relatos de los periodistas comprometidos. No sorprende que éstos

²² Impresionados no sólo por lo pintoresco de Andalucía sino, y sobre todo, por lo austero y estéril de Castilla.

²³ Que contrasta con las calles principales de Madrid o Barcelona, elegantes, alborotadas, que sorprenden no sólo a Gitlin y Stroynowski, sino también, más tarde, a Putrament, Dziewanowski y Warneńska.

²⁴ Para muchos de los autores citados viene a ser emblemática en este aspecto la figura del burro, como si se olvidaran del carro de caballos que a los ojos de muchos extranjeros simboliza el atraso en el campo polaco.

presten más atención a la situación de la época en España, donde en aquel entonces llegaba a su fin el franquismo, pasando por alto los temas turísticos. Lo que sí sorprende son las críticas duras a éste, formuladas en el momento en el que iba desapareciendo su blanco, y los textos de la segunda mitad de la década resultan aún más tajantes. Apenas se alude en ellos a los cambios, con el tiempo más avanzados, del sistema, al desarrollo del país y al nivel de vida más alto de sus habitantes. Al contrario, el franquismo llega a ser identificado totalmente con el fascismo, además de ser acusado, y a veces en un lenguaje agresivo, de la pobreza, la represión, la censura y el aislamiento de España en Europa. Los autores de estas opiniones no se refieren en absoluto a la situación económica en Polonia, que iba empeorando a partir de 1976, o al nivel de vida de sus habitantes, ni a la condición de la democracia en Polonia o a la actitud del gobierno polaco frente a las protestas sociales ni a la posición de su país en Europa. Otra paradoja, aunque encontramos su ejemplo sólo en dos textos (Górnicki, Wysocki), consiste en presentar a los españoles como víctimas del franquismo y a la vez insinuar su mentalidad “totalitaria”, formada históricamente, o sea, considerarlos corresponsables, de cierta manera, de la durabilidad del gobierno franquista.

Es también interesante la forma de presentar en los textos analizados a los españoles, ya que el lector obtiene una visión doble. Por un lado, los habitantes del país de Don Quijote, la corrida y el flamenco aparecen como orgullosos, con un sentido del honor muy destacado, individualistas, emocionales, dispuestos a morir por sus ideales (rasgos, a su vez apreciados por los polacos²⁵), personas que ostentan su grandeza, magnanimidad, esplendidez, pero que también se muestran intransigentes y hasta fanáticas, crueles, obsesionadas por la muerte. Con esta visión estereotipada y formada, como confiesan los autores, a base de la tradición y la literatura, contrasta la imagen creada a través de las observaciones, la experiencia personal de contactos con la gente que se encuentran por el camino. Los españoles corrientes no se parecen a Don Quijote, son alegres y ruidosos (aquí se confirman los tópicos), pero sobre todo directos, amables, hospitalarios, prestos a ayudar al otro, muy humanos. Estas impresiones (que se repiten en varios testimonios) de los encuentros con gente de carne y hueso, y no figuras literarias, podían resultar novedosas para los lectores polacos.

Un elemento común en prácticamente todos los testimonios en cuestión, es la atención que prestan sus autores a la religiosidad española y a la posición de la Iglesia católica. En general, tratan de manera crítica la devoción de los españoles y lo externo y ceremonial de las formas del culto, y aún más la alianza de la Iglesia española con el poder (aunque indican también ciertos cambios, tanto de la actitud de los fieles respecto a la Iglesia como también de esta frente al Régimen), es característico, sin embargo, que el factor de la religión llame tanto la atención de los autores polacos venidos –independientemente de su postura frente a ésta– de un país eminentemente católico.

Es obvio también su interés por las relaciones hispano-polacas, manifestado en la mayoría de los testimonios. Algunos tratan el tema de manera más sistemática, otros sólo aluden a la sim-

²⁵ Algunos autores (Gitlin, Dobrzyński) destacan, asimismo, ciertas actitudes españolas que suelen atribuirse a los polacos, como el heroísmo nacional, el victimismo o la memoria de sufrimientos históricos, la fe en la misión de su nación, el culto a la historia, interpretada, además, de tal manera que permita explicar las derrotas por culpa ajena.

patía espontánea por ambos lados (tanto más rara en caso de los españoles si se toma en cuenta que no saben nada de Polonia), coincidiendo, no obstante, en indicar cierta atracción mutua²⁶.

Sin lugar a dudas, los polacos sabían más de España que los españoles de Polonia aún antes de la publicación de los reportajes analizados. Surge la pregunta acerca de en qué grado éstos contribuyeron a ampliar este saber. Y no se trata sólo de su accesibilidad, o sea, de la cantidad de títulos referentes a España publicados en el período en cuestión (que resultan no pocos, sobre todo al compararlos con sólo tres españoles –de Carmen Laforet, Montserrat Cornet Planells y Fernando Díaz-Plaja– dedicados a Polonia) y de las tiradas (éstas bastante modestas, aunque se nota que iban creciendo en los 70), sino sobre todo de la calidad de la información que recibieron los lectores polacos. Ésta en parte, y sobre todo en los 70, resulta sustituida por la propaganda, sirviendo a menudo España sólo como un pretexto para librar batallas ideológicas. Por otro lado, no faltaban publicaciones que presentaban al país y a sus habitantes no siempre del todo favorablemente, pero sí con simpatía, corroborando, sin embargo, la imagen estereotipada de España, aunque un lector atento podía seleccionar de sus páginas cierta información. Es de suponer también que estas publicaciones permitieron animar el interés por España, manteniéndola presente en el imaginario polaco.

Por suerte, pasada sólo una década más, desde comienzos de los 90, los viajes entre ambos países se han hecho más frecuentes y, como señala el historiador polaco, “lo cotidiano de los contactos, la facilidad con la que podemos trasladarnos a España, ha ocasionado la desaparición de la forma de reportaje. También los textos demasiado simples, superficiales, secundarios han perdido su razón, dada la posibilidad de su verificación directa” (Kieniewicz 2001: 327).

BIBLIOGRAFÍA

- BANACH, Ela y Andrzej (1974) *Dziennik podróży po Hiszpanii* [*Diario del viaje por España*]. Kraków, Wydawnictwo Literackie (tirada 15 000).
- DOBRZYŃSKI, Roman (1967) *Hiszpania z elementarza* [*España del abecedario*]. Warszawa, Książka i Wiedza (tirada 7000).
- (1977) *Hiszpania* [*España*]. Warszawa, Wiedza Powszechna (tirada 30 300).
- DZIEWANOWSKI, Kazimierz (1981) „Moja Hiszpania osobista” [*Mi España personal*]. En: Kazimierz Dziewanowski *Właśnie wróciłem* [*Acabo de regresar*]. Warszawa, Iskry: 11-28 (tirada 20 300).
- EBERHARDT, Konrad (1968) *Podróż do Hiszpanii* [*Viaje a España*]. Warszawa, Książka i Wiedza (tirada 7000).
- EIROA, Matilde (2001) *Las relaciones de Franco con Europa Centro-Oriental (1939-1955)*. Barcelona, Ariel.

²⁶ A las semejanzas del carácter nacional polaco y español y a las analogías entre los procesos históricos en ambos países se refiere también Nowak (1972: 5-6), aunque su libro no describe España ni es fruto de un viaje a este país, sino que está dedicado exclusivamente a la historia del franquismo (por eso no se analiza a fondo en el presente texto).

- FEKECZ, Kazimiera (1976) *Państwo hiszpańskie. El Estado español*. Warszawa, KAW (tirada 10 000)
- GITLIN, Jan (1960) *Madonny i toreadorzy [Virgenes y toreros]*. Warszawa, Książka i Wiedza (tirada 10 250).
- GÓRNICKI, Wiesław (1979) *Sceny przydrożne [Escenas a orilla del camino]*. Warszawa, Czytelnik (tirada 30 320).
- IKONOWICZ, Mirosław (1971) *Hiszpania bez kastanietów [España sin castañuelas]*. Warszawa, PIW (tirada 10 290).
- JASZUŃSKI, Grzegorz (1979) *Hiszpański happy end [Happy end español]*. Warszawa, Iskry (tirada 20 300).
- KIENIEWICZ, Jan (2001) *Hiszpania w zwierciadle polskim*. Gdańsk, Novus Orbis.
- KUNCEWICZOWA, Maria (1989 [1965]) *Don Kichote i niańki [Don Quijote y las niñeras]*. Lublin, Wyd. Lubelskie (tirada 30 000).
- NALEWAJKO, Małgorzata (2012) "La imagen de Polonia en los testimonios españoles de la postguerra". En: Karolina Kumor, Edyta Waluch de la Torre (eds.) *Realidades heterogéneas. Reflexiones en torno a la literatura, lengua, historia y cultura ibéricas e iberoamericanas. Homenaje a la profesora Grażyna Grudzińska*. Warszawa, Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos – Museo de Historia del Movimiento Popular Polaco: 295-308.
- NAPIONTKÓWNA, Anna (2008) "La percepción mutua de los polacos y los españoles a través del prisma de las experiencias turísticas (a partir de guías turísticas españolas y polacas)". En: *El cambio de la imagen mutua de Polonia y España desde la transición / Wzajemny obraz Polski i Hiszpanii od czasu przejścia do demokracji*. Warszawa, Instituto Cervantes de Varsovia / Instytut Historii PAN: 323-342.
- NOWAK, Jerzy Robert (1972) *Hiszpania po wojnie domowej (1939-1971)*. Warszawa, Wiedza Powszechna (tirada 6275).
- PUTRAMENT, Jerzy (1977) *Urbi et „Orbis”*. Olsztyn, Wyd. Pojezierze (tirada 7000).
- SAMSEL, Roman; ŻRAŁEK, Włodzimierz (1978) *Hiszpania bez dyktatora [España sin el dictador]*. Warszawa, Książka i Wiedza (tirada 7000).
- SAWICKI, Piotr, ed. (1996) *Hiszpania malowniczo-historyczna. Zapirenejskie wędrówki Polaków w latach 1838-1930*. Wrocław, Wyd. Uniwersytetu Wrocławskiego.
- (2013) "Hiszpański dramat w oczach Polaków. Wypowiedzi, relacje, wspomnienia". En: Piotr Sawicki *Polska – Hiszpania. Hiszpania – Polska. Poszerzanie horyzontów*. Wrocław, Wyd. Wyższej Szkoły Filologicznej we Wrocławiu: 181-191.
- SKULSKA, Wilhelmina (1979 [1974]) *Madryckie ABC [El ABC de Madrid]*. Warszawa, Iskry (tirada 20 000).
- STROYNOWSKI, Juliusz (1963) *Palmy i daktyle [Palmeras y dátiles]*. Warszawa, Wyd. MON (tirada 10 000)
- SZLEYEN, Zofia (1961) *Hiszpańskie lato [Verano español]*. Warszawa, Iskry (tirada 5250).
- WARNEŃSKA, Monika (1985) *Zwierciadło z Toledo [El espejo de Toledo]*. Warszawa, Wyd. MON (tirada 30 280).
- WYSOCKI, Bolesław (1979) *Nad rzeką Ebro [A las orillas del Ebro]*. Wrocław, Ossolineum (tirada 10 300).
- ZAKRZEWSKI, Jan (1973) *Iberyjskie wędrówki [Caminatas ibéricas]*. Warszawa, Iskry (tirada 10 275).